

sumus...!» etc. El mismo Santo Doctor, después de haber impugnado por extenso los errores de Vicente Víctor, los reduce á once y los rebate de nuevo concisa y enérgicamente, repitiendo al comenzar ó concluir cada una de sus refutaciones: «Noli credere, nec dicere, nec docere, etc... si vis esse catholicus.»

Una sentencia de la Sagrada Escritura, repetida con moderación y amplificada con acierto, es siempre para el buen orador germen fecundo de un discurso de vivo y progresivo movimiento. Aquellas tres palabras del *Deuteronomio*: «Attende tibi ipsi» inspiraron á San Basilio una de sus más hermosas homilías; veinte y siete veces repite la idea con los mismos ó parecidos términos; pero cada vez la presenta de una manera nueva, la amplifica, y deduce diversas é interesantes consecuencias.

Y si, como en otra ocasión hizo el mismo Santo, se añade á esta figura la que se llama *concesion*, repitiendo el orador lo que su adversario tiene como cierto, y tomando de ello ocasión para sus argumentos, la repetición entónces gana mucho en fuerza, y no ménos en belleza.

Respecto á la disposición oratoria de las pruebas, ante todo es preciso que no sean excesivamente numerosas; y por muy abundante que sea la materia, han de reducirse los argumentos á un número proporcionado: lo contrario fatiga la atención de los oyentes, y puede hacer sospechar que no es muy buena la causa cuando tantas son las pruebas, con tanto estudio alegadas. San Atanasio observa que cuando se trata de verdades claras, la demasiada insistencia en probarlas puede hacerlas dudosas á los espíritus contenciosos: «Exagitare et curiosius indagare non expedit, ne à contentiosis hominibus ambigua existimentur.»

Reconocidas las pruebas y halladas de buena ley, se ordenarán de manera que formen un cuerpo de oración regular, porque no basta que estén bien vaciados los miembros de una estatua, si no tienen entre sí verdadera unión. Acerca de cuál sea el orden conveniente, no todos los autores están acordes, ni es fácil que lo estén, porque eso depende de las circunstancias y naturaleza del asunto; con cuyo conocimiento decide el tacto y buen juicio del orador: lo único que por regla general podemos asentar es que jamás se principie con argumentos de poco valor, porque esto previene contra la causa; que si hay necesidad de emplear razones débiles respectivamente á

otras, se coloquen entre las más fuertes; pero en ningún caso termine la oración con pruebas livianas, sino, al contrario, con las más excelentes.

San Juan Crisóstomo recomendaba con mucho celo á sus fieles que procurasen difundir la buena doctrina, corregir los vicios de sus hermanos y excitarles á la virtud, y con su noble y familiar elocuencia se ocupaba á menudo en enseñarles prácticamente el orden con que habían de proceder en sus amonestaciones y correcciones. Los consejos que les daba aquel grande orador son otras tantas interesantísimas lecciones teóricas y prácticas sobre el orden que en sus sermones deben seguir los oradores cristianos.

En otro lugar copiaremos algunos modelos y citaremos otros, de nerviosa y elocuente argumentación: allí podrán ver los jóvenes la diligencia con que los Santos Padres buscaban argumentos convincentes, la destreza con que los expresaban con elocuentes argumentaciones, y la acertada disposición oratoria con que los ordenaban.

## LECCION XX.

### De la peroración.

Después de convencer el entendimiento, lo cual es propio de la confirmación, preciso es además, dice San Agustín, inclinar y vencer la voluntad: «flectere ut vincat.» En cualquiera parte del discurso se puede excitar la moción de los afectos, según lo exija el asunto ó permitan las circunstancias, sobre cuya oportunidad decide el buen juicio del orador. Nuestro Melchor Cano escribió algunas cláusulas patéticas en un tratado poco susceptible de movimientos afectuosos (1). Mas como la convicción precede á la moción, el lugar más á propósito para esta última es la peroración: en ella deben emplearse todos los recursos del arte, porque, salvadas ya las di-

(1) *De Locis theologicis*. lib. xi, cap. i, donde lamenta la muerte reciente de su padre.—Párecenos que quiso imitar á Ciceron, quien, al comenzar el libro iii *Del Orador*, en el tomo ii, pág. 216, recuerda la muerte de Craso, y á Quintiliano, que en el proemio del libro vi de sus *Instituciones oratorias*, tomo i, pág. 337, menciona muy patéticamente la muerte de su hijo.

facultades de la oracion, corresponde desplegar las galas y todas las fuerzas de la elocuencia.

Tres métodos pueden seguirse en la peroracion ó conclusion de un discurso: el de la enumeracion, el de la mocion de los afectos, ó ambos juntos.

La enumeracion ó recapitulacion consiste en indicar con enérgica concision y novedad las razones ó pruebas expuestas en el discurso, á fin de que, reunidas en un sólo punto, obren con eficacia en el ánimo de los oyentes. No hay energía sin concision, por lo cual es preciso abstenerse de largas explicaciones, y limitarse á breves y luminosas indicaciones, que tan sólo refresquen la memoria, como dice Ciceron: «ut memoria, non oratio, renovata videatur (1);» pero esto debe hacerse con cierta novedad para que los oyentes no entiendan que se les repite; y se logrará si el orador que hasta entónces hablaba en nombre propio, introduce en la oracion otros séres animados ó inanimados, ó cambia el giro de la expresion sirviéndose de la interrogacion ó de la repeticion; si en nombre de su auditorio entra el diálogo con Dios, ó se sirve por fin de cualquiera otra forma cuyo interés ó belleza no deja percibir á los oyentes que lo que ahora les dice sumariamente es lo mismo que ántes les ha dicho por extenso.

La enumeracion que reuna estas condiciones estará exenta de los inconvenientes que Maury creia inseparables de este método, por cuya razon le reprueba en términos generales y absolutos, añadiendo que no sabe le haya seguido ninguno de los maestros del arte (2): ¡doctrina singular en abierta contradiccion con la de los maestros de la antigüedad, con la de Granada (3), Fenelon (4) y Blair (5), que le recomiendan, y con los ejemplos de los grandes oradores modernos que le practican, como en su tiempo lo hicieron los Santos Padres!

Al tratar de lo patético ó de la mocion de los afectos, los preceptistas modernos, á imitacion de los antiguos, se detienen en exponer la que llaman TEORÍA DE LAS PASIONES: mas si alguno creyere útil para la elocuencia ese estudio filosófico, le aconsejamos que consulte á San Agus-

(1) *De Invent.*, lib. I, n. LII, tomo I, pág. 68.

(2) Ensayo LXXVI, pág. 322.

(3) Libro IV, cap. I, pág. 248.

(4) Diálogo II, pág. 59.

(5) Lecc. XXVIII, tomo III, pág. 135.

tin y Santo Tomás, quienes han escrito sobre las pasiones extensa, filosófica y cristianamente: parecen que la ciencia necesaria al orador en esta materia puede reducirse á muy pocos principios. San Ambrosio la contiene en dos palabras: «Sunt autem gemini motus, hoc est, cogitationum et appetitus:» y más profundo Santo Tomás la redujo á un sólo principio. Las pasiones, dijo, están radicalmente en la razon ó en el entendimiento: «in ratione tamquam in radice.» La razon conoce los objetos, los presenta á la voluntad, ésta se inclina ó se aparta de ellos segun se le ofrecen como buenos ó como malos: en auxilio de estas dos potencias vienen la memoria con sus reminiscencias, la fantasía con sus imágenes, y la sensibilidad con sus sentimientos. Todas las pasiones no son en el fondo más que derivaciones de los dos grandes y únicos movimientos de la voluntad que se llaman afeccion ó aversion, ó bien amor y odio. ¿Se mueven las pasiones bajo el imperio de la sana razon? Son buenas, y poderosos auxiliares de la virtud. ¿Se emancipan de la razon, ó son extraviadas por la razon pervertida? Son malas; pérfidos y funestos consejeros. «De este modo, dice San Agustin, domina el cristiano todas las pasiones y las pone al servicio de la virtud.» «In usus justitiæ.»

La tarea, pues, del orador que quiere excitar los afectos, consiste en ilustrar el entendimiento con la verdad, para que ésta alumbre la voluntad; y en poner en juego, segun lo exija el caso, la memoria, la imaginacion y la sensibilidad, aplicándolas al objeto para que sea aceptado ó rechazado por la voluntad.

Esto, se nos dirá, en teoría parece muy sencillo; pero la práctica, ¿quién nos la enseña? «La práctica, dice Quintiliano, no se aprende en los libros.» «Libellis non continetur (1).» Preguntado Massillon dónde habia adquirido su profundo conocimiento del corazon humano, por toda respuesta puso la mano sobre su propio corazon. Parece que la celebridad de esta anécdota ha debido de provenir, más que de la doctrina que encierra, de la importancia personal del obispo de Clermont, ó de cualquiera otra circunstancia; porque, ¿quién ha ignorado jamás que el mejor libro para conocer el corazon ajeno es nuestro propio corazon? Esta idea, no ménos conocida que

(1) Lib. VI, cap. II, n. 1, tomo I, pág. 360.

vivamente apreciada, nos induce alguna vez en errores trascendentales, haciéndonos juzgar equivocadamente de los demás por nosotros mismos. Como quiera que sea, muchos siglos ántes que Massillon habia dicho San Gregorio Magno, instruyendo á los oradores cristianos, «que el mejor libro para predicar es el corazon del predicador que ama á Dios.» «Liber qui viscera replevit... ipsi de omnipotenti Domino sciunt suaviter loqui, qui hunc didicerint in cordis sui visceribus veraciter amare.»

San Agustin ha dicho: «Nisi enim ardeat minister prædicans, non accendit eum cui prædicat.» ¿Quereis, jóvenes, inflamar á vuestros oyentes en el amor de Dios y del prójimo? ¿Quereis moverlos á la práctica de la virtud y al aborrecimiento del vicio? Excita estos sentimientos en vuestro corazon, y que domine en él la santa devoción, que es la llama de la caridad. Mas para llegar á tan feliz estado, seguid los consejos de los maestros de la vida espiritual; porque conocedores profundos del hombre, á la vez que enseñan el modo de hacer la oracion mental, han reducido á reglas prácticas la teoría de las pasiones, que poco há expusimos. Leed siquiera lo que sobre el particular ha escrito nuestro venerable La Puente. Y para demostrar que no nos distraemos de nuestro objeto al aconsejar esta lectura, invitamos á los jóvenes para que comparen con ella lo que ha dicho Quintiliano sobre su método para poseerse de los afectos que pretendia excitar en el ánimo de los jueces, y verán con placer la analogía que hay entre las lecciones de los maestros de mística y de los del arte profano. ¿Y qué extraño es esto? Unos y otros habian estudiado el corazon humano; y unos mismos eran los resortes que empleaban, como tambien las fibras que hieren. El buen resultado del método que seguia Quintiliano lo declara él mismo en estas palabras: «No debia omitir estas reflexiones, las cuales me aprovecharon tanto para moverme á mí mismo, que no solamente me sacaron lágrimas de los ojos, sino que hicieron salir al rostro la palidez y sentimiento con harta verosimilitud (1).»

«Jamás, decía Ciceron, he aspirado á mover á los jueces sin que yo mismo me haya sentido conmovido.» «Quin ipse... permoverer.» «Y esto me sucede naturalmente, sin necesidad de ficcion ni engaño alguno.» «Ut nihil opus sit simulatione et fallatiis.» «Porque la oracion que se emplea para mover á otros, mueve ántes al mismo que la pronuncia: los deberes de la profesion de abogado, la fidelidad y diligencia con que debemos ejercerla, si queremos obrar como hombres probos, nos hacen considerar como propias aun las causas que son más ajenas: «Fides officium diligentia... quibus rebus adducti, etiam cum alienissimos defendimus, tamen eos alienos, si ipsi viri boni volumus haberi, existimare non possumus.» Cuando peroro en causa ajena, no soy un cómico, sino sincero defensor de mi propia causa: «Neque actor... alienæ personæ, sed auctor meæ (1).» ¿Qué leccion para el orador cristiano, cuya causa es idénticamente la misma que la de sus oyentes, y cuyas palabras, segun el Crisóstomo, cuando hieren el corazon de los fieles han debido herir ya profundamente el suyo propio! ¿Quién, al predicar la palabra divina, deja de ser discípulo de Jesucristo, en cuya escuela predicadores y oyentes son condiscípulos, como decia San Agustin? «Et nos qui loquimur, et vos qui auditis, sub uno magistro condiscípulos esse noverimus.»

Muy descuidado de los intereses eternos de su alma ha de vivir el predicador en cuyo corazon no prenda con estas ó semejantes consideraciones el fuego del amor divino, y no se levante la llama de la caridad con tal fuerza, que quizá necesite moderarla para atender tambien á no prolongar demasiado los movimientos patéticos. El estado natural y ordinario de nuestra alma es tranquilo; la agitacion de los vivos afectos tiene algo de preternatural, y quien insista en mantener por mucho tiempo á sus oyentes en estado violento, arriesga el que caigan en la postracion y en la frialdad, porque nada es tan frio como la ceniza, ni se seca tan pronto como las lágrimas: «Laeryma nihil citius arescit (2).»

Esta regla, conocida de todos los maestros, la enseñaron tambien y la practicaron los Santos Padres; su observancia no ofrece dificultad en el epilogo, donde es fácil concluir oportunamente; así lo hizo San Agustin en

(1) *De orat.*, lib. II, nn. XLIV y siguientes, tom. II, pág. 151.

(2) Ciceron: *De invent.*, lib. I, n. LVI, tom. I, pág. 74.

uno de sus más fervorosos sermones, con que corrigió los abusos introducidos en Hipona en la celebracion de las fiestas de los Santos: «Non ego illorum lacrymas meis lacrymis movi; sed... eorum fletu præventus meum abstinere non potuit. Et cum jam pariter flevissemus... finis sermonis mei factus est.» Lo que ofrece gran dificultad es moderar á tiempo, en el cuerpo del discurso, el movimiento de los afectos, porque es necesario hacerlo sin caer de repente, sino pasando gradualmente de lo sublime á lo sumiso, y expresando los mismos sentimientos, aunque tranquilos, á la manera de las olas que se encrespan y se aplacan sin perder su movimiento, segun la bella comparacion de San Agustin: «Ut dictionis impetus sicut maris æstus alternet.» Así el mismo Padre, en su sermón XIX, despues de un rápido y caluroso movimiento sobre la caducidad de las cosas terrenas y el precio inestimable de las eternas, concluye con un epílogo, donde, sin cambiar de sentimientos, templó y sosegó su vehemencia.

Maury, con aquel tono incisivo y no pocas veces ligero que le era habitual, dice que en los fastos de la Religion los más bellos modelos de elocuencia patética son, aparte de los oradores franceses de primera nota, la arenga del obispo Flaviano al emperador Teodosio, la representacion de Fr. Bartolomé de las Casas á Felipe II, y los sermones de Cheminai sobre el temor á los juicios de Dios y en favor de los encarcelados (1). Estos dos sermones de Cheminai son bellos; mas no son comparables con algunas patéticas oraciones de San Basilio, por ejemplo, y del Nazianceno.

Digámoslo con toda seguridad: los más bellos modelos de elocuencia patética en los fastos de la Religion se encuentran, incluso los oradores franceses de primera nota, en las obras de los Padres, especialmente en las de San Basilio, San Gregorio Nazianceno, San Juan Crisóstomo, San Agustin, y tambien en las de San Efren, apellidado en la antigüedad EL DOCTOR DE LOS SYRIOS, cuya elocuencia afectuosa, vehemente y sublime es, sin que sepamos por qué, tan poco conocida: ¿cuántos son los predicadores que le citan? ¿Cuántos los escritores de oratoria

(1) Ensayo XXV, pág. 319.—Los dos sermones de Cheminai se hallan en la coleccion de M. Migne: el primero en la pág. 82, y el segundo en la 443 del tomo XII.

sagrada que le recomiendan? Nosotros, no pudiendo repetir, porque es difuso, el encomio que de él hizo el Niseno, nos limitamos á decir con San Jerónimo: «Acumen sublimis ingenii etiam in translatione cognovi.»

Apenas hay escritor de elocuencia sagrada que al tratar de la peroracion no cite como modelos del género patético la de Ciceron en su discurso PRO MILONE y la de Bossuet en LA ORACION FÚNEBRE DE CONDÉ. Estamos acordes con estos fundados elogios; pero sería en nosotros imperdonable omitir aquí los recuerdos que nos suscitan.

Creemos, y lo decimos con toda confianza, que la peroracion del discurso con que el Nazianceno se despidió de la iglesia de Constantinopla es superior bajo muchos conceptos al celebrado epílogo de Ciceron: ambos oradores se propusieron excitar las simpatías de su auditorio; pero en la peroracion del Nazianceno todo es natural; en la de Ciceron se descubre demasiado el arte.

La peroracion de Bossuet nos interesa sobremanera; pero tan favorable impresion se debilita cuando la comparamos con la de San Gregorio Nazianceno en su oracion fúnebre de San Basilio. La del orador griego es concisa, enérgica y más bella que la del obispo de Meaux. Creemos que el estudio comparativo de los cuatro pasajes que acabamos de indicar abonaria nuestro juicio, y sobre todo sería de mucha utilidad para los jóvenes que le hicieran.

Séanos permitido expresar la grande extrañeza que nos causa el que entre tantos elogios de la peroracion de Bossuet como hemos leído, ni en uno solo se haya dicho que es imitacion y casi una copia de la del Nazianceno; pero así es la verdad. Entre las muchas y hábiles imitaciones que hizo Bossuet de los Santos Padres, en ninguna quizá se ciñó tanto como en ésta al original; y sin embargo Blair, Thomas, L'Harpe, Chateaubriand, Audisio, Maury y Marcel (1), que ponderan con entusiasmo la peroracion de Bossuet, no mencionan, ni aluden siquiera, á la del grande Nazianceno; únicamente hemos visto que Mons. Dupanloup, obispo de Orleans, hablando de los es-

(1) Blair, lec. XXVIII, tomo III, pág. 136.—Audisio, lec. XXV, tomo I, pág. 397.—Maury, ensayo LVI, pág. 201.—L'Harpe, leccion sobre la oracion fúnebre en su curso de literatura.—Las palabras de Thomas, Chateaubriand y Marcel pueden verse en el tomo III de las *Obras maestras de elocuencia*, compiladas por el mismo Marcel, páginas 17, 27 y 163.

tudios comparativos de pasajes escritos sobre un mismo asunto por diversos autores, hace en una nota la siguiente indicación: «La peroración de Bossuet, oración fúnebre del príncipe de Condé, y la de San Gregorio Nazianceno, oración fúnebre de San Basilio (1).» En ninguna otra parte hemos visto juntos dos nombres, que nos parecen inseparables, tratando de un pasaje que tan de lleno refleja la elocuencia del orador griego y la del imitador francés.

El método de la enumeración se acomoda mejor á los discursos cuyo fin es la instrucción; y el de la moción de afectos á aquellos cuyo principal objeto es mover la voluntad. San Agustín, en el exordio de su tratado *De bono viduitatis*, asienta que es preciso instruir y exhortar á la práctica de lo que se ha aprendido; así es que dedica la primera parte á la instrucción y la concluye con una recapitulación, y en la segunda se ocupa en exhortar, terminándola con la moción de afectos.

Nada impide que en muchos casos se use á la vez de uno y otro método; y así lo hizo San Basilio en sus breves peroraciones de algunas de sus admirables homilías sobre LA OBRA DE LOS SEIS DIAS.

La paráfrasis de algún pasaje de la Sagrada Escritura, con especialidad de algún Salmo de David, se adapta muy bien á cualquiera de los dos indicados métodos, y produce muy buen efecto si el pasaje elegido es á propósito para la instrucción que se ha procurado en el discurso, ó si se presta al movimiento y gradación progresiva de los afectos: en las ENARRACIONES de San Agustín sobre los Salmos abundan ejemplos de estos afectuosos movimientos.

Cualquiera de los dos métodos que se adopte ha de ponerse mucha diligencia en concluir con sentencias notables, en que domine la idea y sentimiento que han sobresalido en el discurso, á fin de que se graben hondamente en el corazón del auditorio. Nada más brusco que concluir súbitamente; ni nada más contrario á la elocuencia que tener por largo rato suspenso al auditorio, que se desagrada porque parece que el orador desea concluir y no sabe cómo hacerlo.

(1) *De la superior educación intelectual*, lib. IV, cap. V., tomo I, pág. 333.—París, 1855.

## LECCION XXI.

## Reflexiones generales sobre el estilo.

La expresión oratoria es el cuerpo de la elocuencia y como su parte visible; parecía, por tanto, que las nociones á ella referentes debían ser muy perceptibles, y su explicación fácil y expedita: sin embargo, sucede todo lo contrario; aquí es donde se encuentra oscuridad y se tocan mayores dificultades; los preceptistas andan discordes y poco decisivos en sus opiniones, lo cual revela la vaguedad de sus ideas.

Desde el primer paso que dan en este camino se observa la perplejidad con que proceden. ¿Qué es estilo? Blair, Buffon, Thomas, Batteux y Maury (1), que ahora recordamos, difieren más ó menos en sus explicaciones, siendo notable que de ellas satisfacen menos las que tienen más sabor filosófico, y, al contrario, son más aceptables las que, limitándose á designar, se toman como descripción mejor que como definiciones: hé aquí el método que, guiados por su buen sentido, siguieron los Santos Padres: describieron, mas no definieron el estilo.

¿Cuáles son las dotes del buen estilo? La respuesta más común y aceptada las reduce á la claridad y al ornato: pero es preciso confesar que esta clasificación no es lógica; el primer miembro entra necesariamente en el segundo, puesto que la claridad es indispensable para el ornato, y muchas veces ella sola es el mejor adorno.

Si al explicar lo que se entiende por ornato se pregunta qué es lenguaje figurado, algunos asquean y omiten hablar de figuras retóricas, ó lo hacen con desden: no hay figuras retóricas, dicen; todo lenguaje es expresión natural de los fenómenos del alma.

Los que admiten el lenguaje figurado no están acordes; para unos no hay más figuras que las llamadas de pensamiento; las de dicción, son tropos, pero no figuras:

(1) Blair, lib. X, tomo I, pág. 237.—Buffon, en su discurso de recepción en la Academia francesa; Marcel, tomo II, pág. 523.—Thomas, sobre la elocuencia de Bossuet.—Batteux: *Principios filosóficos de la literatura*, tratado IX, sec. IV, cap. I, pág. 2, tomo VII.—Madrid, 1803.—Maury, ensayo XXXIX, pág. 144.